

LA HUMANIDAD.

PERIÓDICO SEMANAL

ECO DE LA ASOCIACION LIBRE-PENSADORA DE BARCELONA.

Redaccion.

Conde del Asalto, núm. 90, piso 3.º

Administracion.

Riera de San Juan, núm. 3. piso 1.º

SE PUBLICA

TODOS LOS SABADOS.

Suscripcion y venta.

Al mes 2 rs.—Número suelto 1/2 real.
Fuera de Barcelona, 7 1/2 rs. trimestre.

CIENCIA.

MORAL.

JUSTICIA.

SUMARIO.

Advertencias.—SECCION DOCTRINAL: Del movimiento en la naturaleza, V, por J. M. Bofill.—La moral cristiana, por B. S. Cásas.—El positivismo en lucha con el catolicismo y el neo-catolicismo, III, por *Marsal Anglorá*.—CRÓNICA.—SECCION VARIA: Á la catedral de Burgos, por *C. Carabias*.—Moraleja, por *J. Alonso*.—Comunicación, por *R. Santos*.—ANUNCIOS.

ADVERTENCIA.

Habiéndose trasladado interinamente la Redaccion de esta Revista á la calle del Conde del Asalto número 90 piso 3.º, lo ponemos en conocimiento de nuestros colaboradores y consocios, como asi mismo tambien en el de nuestros colegas, para que sepan donde deben dirigirse para todo lo que á dicha Redaccion se refiera.

EL DIRECTOR.

A. Abella.

SECCION DOCTRINAL.

DEL MOVIMIENTO EN LA NATURALEZA.

V.

DEL SONIDO.

(Continuacion)

Las ondas sonoras, al propagarse de un medio elástico á otro medio tambien elástico, pero de distinta naturaleza, sufren un desvío en su direccion á través del segundo medio. Esta desviación ó *refraccion* confirma asimismo la analogía que exis-

te entre el movimiento acústico y el luminoso, analogía que conviene mucho tener en cuenta.

En todo sonido, sobre todo en aquellos cuyo medio de propagacion es el aire, hay que atender á tres circunstancias esenciales, para poder bien apreciarlo: son estas el tono, la intensidad y el timbre. Basta que varíe una sola de estas tres condiciones para que no sea la misma la calidad del sonido. Recordamos que al hablar del movimiento en general, le asignamos las tres condiciones de masa tiempo y espacio y digimos [que siendo cada uno de estos factores variables al infinito, los productos debian ser variables en las mismas proporciones. Pues bien, siendo el sonido un movimiento, un producto, claro está que ha de ser variable, siendo variables sus factores. De aquí que el número de sonidos sea infinito, por más que los músicos hayan echado mano únicamente del corto número de aquellos que solos ó combinados producen al oido una sensacion grata y prolongada.

Sabido es que la lengüeta de un clarinete, la cuerda de un guitarra ó la columna de aire de una flauta, pueden vibrar con mas ó menos rapidez, esto es, pueden tener y comunicar al aire un número mayor ó menor de vibraciones en un tiempo dado. La impresion, pues, que recibimos por efecto de mayor ó menor número de vibraciones es lo que queremos designar con la palabra tono. Y decimos que este es agudo en el primer caso y grave en el segundo.

Dependiendo la gravedad ó agudeza de un sonido del número de vibraciones, es evidente que sus límites absolutos serian cero y el infinito; pero el eminente físico Savart ha demostrado que cuando se producen menos de 7 á 8 vibraciones, por se-

gundo, no se percibe ya el sonido, y que el sonido mas agudo que llegó á obtener con auxilio de su rueda dentada, correspondia á 24,000 vibraciones dobles en el mismo espacio de tiempo. La gravedad ó agudeza en los sonidos son por tanto puramente relativas, como lo son el frio y el calor, la viveza de los colores, etc.

La intensidad ó fuerza del sonido nada tiene que ver con el número, pero sí con la amplitud de las oscilaciones del cuerpo sonoro. Así en una cuerda vibrante es mucho mas perceptible el sonido y la amplitud de las vibraciones cuando es larga, que siendo mas corta: es decir, que se oye á mayor distancia.

El timbre, llamado tambien *metal* de los sonidos, es aquella propiedad particular que los distingue entre sí, aun teniendo el mismo tono y la misma intensidad. La causa del timbre de los sonidos ha sido durante mucho tiempo objeto de animadas y luminosas controversias. En un principio se creia que podia ser la naturaleza de la sustancia de que están formados los instrumentos musicales; empero hubo de abandonarse semejante hipótesis al considerar que, siendo idénticas las sustancias que concurren á la formacion del aparato de la voz en las especies animales, singularmente en la especie humana, nadie es capaz de confundir los metales de la voz de un chiquillo y de un adulto, de un hombre y de una muger. Se ha probado de construir instrumentos de madera con la misma disposicion de una trompeta y, no obstante, aquellos han conservado el mismo timbre chillon que este último instrumento metálico. Tenemos, pues, por un lado, idénticas sustancias con timbres diferentes y por otro sustancias distintas que dan timbres iguales, lo cual demuestra que poco ó nada influye la sustancia de un instrumento en el timbre de los sonidos que puede producir. La forma y por consiguiente el modo de vibrar de un cuerpo sonoro es la verdadera causa del timbre que posee. Si á un tubo recto de laton ú hoja de lata, se le dá otra forma, sea la espiral, se le cambia el timbre, por mas que sea la misma la sustancia, el diámetro y la longitud del tubo.

Todos los sonidos, cualquiera que sea su naturaleza, sobre todo si son acordes, se propagan con igual velocidad en un mismo medio y á temperaturas iguales. De otro modo, una serenata oida desde alguna distancia en una noche tranquila deberia parecernos una cencerrada, cosa que no sucede,

pues aun á mas de tres kilómetros de distancia nos hemos complacido en escuchar los acordes de un himno popular. Parece, sin embargo, que los sonidos discordes no siguen exactamente la misma ley, creyéndose que los producidos con violencia, como el estampido de un cañon, se propagan con mayor velocidad que otros como la voz humana. Por nuestra parte nos resistimos á creer que leyes tan generales como la de propagacion del sonido, perfectamente idéntico á la de propagacion de la luz, como luego veremos, puedan tener escepcion alguna que les quitara el carácter de leyes. Si las ondas sonoras que producen los sonidos acordes pueden superponerse y andar jntas un camino ilimitado ¿por qué no han de poder hacerlo los sonidos discordes? ¿Acaso la concordancia ó discordancia son propiedades esenciales de los movimientos vibratorios? Los sonidos son acordes ó discordes con relacion al oido del que los percibe; mientras el movimiento vibratorio no ha producido en nosotros sensacion alguna, no hay concordancia. Estas son propiedades, mejor, efectos puramente relativos, que dependen de la mejor ó peor disposición y hasta educacion del órgano auditivo de cada individuo, de tal modo que á uno le pareceria acorde lo que para otro será disorde y vice-versa. Lo mismo pasa en la armonía de los colores. A tal le pareceria bellísimo un pañuelo ó un pantalon que otro tendrá por estravagante.

J. M. Bofill.

LA MORAL CRISTIANA.

Cansados estamos de oir á los apologistas del cristianismo. La moral, segun ellos, no existe fuera de ese sistema religioso que viene azotando á la Humanidad por espacio de diez y ocho siglos. Y si esto fuera verdad, si la moral arrancara del cristianismo, la tierra hubiera sido solo la mansion del vicio y del crimen antes de la aparicion del fundador de esta secta. La vida social se habria hecho absolutamente imposible faltándola los vínculos morales que la deben servir de base. Esto, sin embargo, no ha sucedido; la sociedad existia y caminaba hácia el progreso y la perfeccion mucho antes de la venida de Jesucristo. Ilustrados filósofos precedieron al fundador del cristianismo, y no cejaron un momento de empujar á los pueblos hácia el conocimiento de sus deberes morales. Las máximas de Sócrates, de Confucio y de algunos Ginosophistas indios entrañan un fondo moral que las hace superiores á la doctrina cristiana.

Quiérese con esto dar por sentado que la moral es imposible exista independiente de la religion, y como para

los doctores del cristianismo no existía religión verdadera antes de la venida de Jesucristo, de aquí la conclusión de que la moral brillaba por su ausencia en el seno del paganismo; de aquí la aseveración de que no hay moral fuera de la moral cristiana.

No nos proponemos discurrir hoy sobre la relación que guarda la moral con todos los sistemas religiosos; solo si queremos ocuparnos de lo que se llama moral cristiana, de lo que según los teólogos es la base fundamental del bienestar de la familia y de la sociedad.

¿Qué es la moral cristiana? ¿Puede labrar la felicidad de los pueblos que la abrazan? Antes de contestar á estas preguntas definamos la moral; veamos lo que debe entenderse por moral.

La moral, dice un ilustre filósofo, es la ciencia de las relaciones que existen entre los hombres, y de los deberes que nacen de estas relaciones. O de otro modo: la moral es el conocimiento de lo que deben necesariamente hacer ó evitar los seres inteligentes y racionales que quieren conservarse y vivir felices en sociedad.

Veamos ahora si el cristianismo procura estrechar las relaciones que deben existir entre los hombres; veamos si la moral cristiana tiene por objeto la felicidad de los pueblos.

El cristianismo nunca se ha propuesto fijar las relaciones que deben existir entre hombre y hombre, sino entre el hombre y Dios. Toda la moral cristiana se reduce á conducir á los hombres por caminos sobrenaturales. La moral cristiana siempre prescinde del mundo en que vivimos, y no tiene en cuenta la naturaleza del hombre. Asombrar á los hombres para persuadirlos, trastornar el entendimiento humano con enigmas y misterios, deslumbrarle y sorprenderle con maravillas; hé aquí lo que se propone el cristianismo con su moral divina.

El fundamento de la moral cristiana es la voluntad positiva de un Dios inconstante y caprichoso unas veces, cruel y sanguinario otras, intolerante é injusto siempre. ¿Cómo establecer la justicia tratando de imitar á un Dios que castiga á los hombres todos porque uno solo de ellos infringió el precepto divino? ¿Cómo establecer la confianza y sinceridad entre los hombres tratando de imitar á un Dios que tanto trabajó para seducir á Eva? ¿Cómo hacer posible la fraternidad procurando imitar á un Dios que tanto empeño tiene, al parecer, en que los hombres se destruyan unos á otros?

Los principios morales que tanto cautivan la atención de los cristianos y que quieren ser la base fundamental de la sociedad, se hallan contenidos en el libro de las contradicciones y de los embustes llamado Biblia. No es extraño que los cristianos, inspirándose en el fondo moral que entraña la Biblia, hayan derramado tanta sangre y hayan hecho imposible la fraternidad universal; hayan, en una palabra, sido tan inmorales.

¿Cómo un cristiano puede, por ejemplo, dejar de ser feroz cuando trata de imitar á los héroes del antiguo Testamento? Inspirándose en la conducta de Moisés, ¿no ha de ser en extremo cruel, pensando que este hombre llegó á merecer la confianza omnímoda de Dios después de haber hecho correr la sangre de los israelitas y haber inmo-

lado más de cuarenta mil víctimas? En la pérfida crueldad de Judit, un cristiano, ¿no encontrará la justificación de la suya? En David, este modelo acabado de reyes, ¿no verá un monstruo de barbarie, de infamias y de adulterios? Parece que la Biblia está diciendo en cada una de sus páginas que el modo de agradar á la divinidad es manifestar un celo furioso que implica el perdón de los crímenes más terribles.

No debe, pues, sorprendernos ver á los cristianos sumamente intolerantes perseguir encarnizadamente á todos los que no participan de sus creencias. El cristianismo ha sembrado el mundo de cadáveres, ha escitado las pasiones haciendo imposibles la paz y la armonía social. Hé aquí los efectos positivos de la moral cristiana.

Como los cristianos no viven sino para su Dios, cuidan muy poco de las relaciones sociales, y en nada tienen el aprecio y consideración de los hombres con quienes viven en sociedad. Fascinados con la idea de una vida ficticia, olvidan la vida real. Todos los esfuerzos del cristiano se dirigen á dejar satisfechos los deseos del caprichoso Dios que en su mente se ha forjado.

Hé aquí lo que han conseguido los sacerdotes predicando la moral cristiana: perturbar la razón del hombre y hacerle criminal.

Se dice que la idea religiosa es necesaria para la moral: que sin las ideas que la religión nos da de Dios, no tendríamos motivos bastante poderosos para abstenernos del vicio y seguir la virtud, que por lo regular exige sacrificios dolorosos. En una palabra, se pretende que sin estar convencido de la existencia de un Dios vengador y remunerador, los hombres no tienen nada en este mundo que les obligue á llenar sus obligaciones.

Salta á primera vista la falsedad de estas pretensiones imaginadas por los sacerdotes que, para hacerse más necesarios, han asegurado que sus sistemas religiosos eran de absoluta necesidad para la conservación de la sociedad. Para conocer que son inútiles no se necesita sino reflexionar sobre la naturaleza del hombre, sobre sus verdaderos intereses y sobre el fin y el objeto que se propone toda sociedad.

El hombre es un ser débil que á cada instante de su vida tiene necesidad del socorro de sus semejantes para su propia conservación y para hacer agradable su existencia. El no podrá interesar á los demás en su bienestar, sino en razón del interés que toma por ellos: la conducta con que obligue á los demás á que se interesen en su bien, se llama virtud: aquella con que se granjea enemigos se llama crimen: aquella con que se haga mal á sí mismo se llama vicio.

Así el hombre no necesita sino tender la vista sobre sí para conocer que su felicidad depende de su conducta hacia sus semejantes: que sus mismos vicios, aun los más ocultos, pueden acarrearle su eterna ruina: que sus delitos le hacen odioso ó menospreciable á los ojos de sus asociados. En una palabra, la educación, la opinión pública y las leyes le manifestarán sus obligaciones mucho mejor que las quimeras de la religión.

Hé aquí la verdadera moral. Los efectos de esta moral nos obligan, supuesto que los efectos de nuestra conducta

son tan necesarios, como lo es el que caiga la piedra, cuando no encuentra obstáculo que la detenga en su caída.

La moral cristiana no tiene tan sólidos fundamentos. La moral cristiana con sus maravillosas é inconcebibles ideas solo sirve para apartarnos de nuestra naturaleza y razon; cuya voz jamás nos engañará si nos dignamos consultarla. Si examinamos sin preocupacion el origen de una infinidad de males que hay en la sociedad, veremos que se deben á la religion; que, embriagando á los hombres de entusiasmo, de fanatismo y de delirio, los hace ciegos, inconsiderados, enemigos de sí mismos y de los demás. Los sacerdotes que mandan se sofoque la Razon, jamás harán de nosotros sino seres irracionales, dispuestos á inflamarnos de todas las pasiones que se nos quieran inspirar.

Bien es verdad que su interés exige que seamos tales. Ellos quieren que les sacrifiquemos nuestra Razon, porque con ella podríamos contradecir y arruinar sus grandes proyectos.

La moral religiosa solamente es útil á los curas; con ella consiguen embrutecer á los hombres, teniéndoles atados á sus piés como viles esclavos de los que se sirven para saciar sus mezquinas y rastreras pasiones. Hé aquí porque desde el púlpito y confesionario ponderan las excelencias de la moral cristiana: hé aquí porque piden el esterminio de los propagadores de la moral universal y anti-religiosa.

Y no se nos diga que la moral que hoy predicán los doctores del cristianismo dista mucho de la que Cristo propagó: y que la moral que entraña el Evangelio pueda en su pureza labrar la felicidad de los pueblos.

Basta dar una ojeada al código evangélico para persuadirse que la moral de Cristo se halla constituida por una série de principios que, ó no difieren en nada de la moral de Epicteto, de Séneca, de Epicuro, de Zoroastres, de Brhama y de Confucio, ó son abiertamente contrarios á la moral universal. Si hemos de creer los Evangelios, se vé que Cristo manda que se ha de aborrecer al padre y la madre; que no ha venido al mundo para traer la paz, sino la espada; es decir, la division y la discordia entre las familias; que manda se trate como un publicano al que no sea de su secta; en una palabra, se ven allí principios que son abiertamente contrarios á las tendencias naturales de los pueblos.

La moral cristiana, pues, ni en su pureza, ni adulterada como nos la presentan hoy los teólogos, conviene de manera alguna á la sociedad. Toda moral que tienda á aflojar los vínculos sociales; toda moral que procure la ofuscacion de las inteligencias; toda moral que debiendo aplicarse á los hombres no sea puramente humana; toda moral, en fin, que, lejos de purificar la naturaleza humana, la degrada y embrutece, debe ser y será rechazada por los pueblos que deseen avanzar en la via del bienestar social.

B. S. Cánes.

EL POSITIVISMO

EN LUCHA CON EL

CATOLICISMO Y EL NEO-CATOLICISMO.

PRELIMINARES.

III.

Increpadnos cuanto querais, católicos. Largo tiempo há sabemos, que solo os decidís á dejar el hipócrita silencio para hacer uso del insulto, y solo abandonais el quietismo para emplear la violencia. Nos dejaremos vituperar, encausar, encarcelar, hasta nos dejaremos matar. Nuestro librepensamiento, que en ningun caso dejará de propagarse, acelerará su incontestable desarrollo práctico, en razon directa de vuestras agresiones.

Si base natural é incommovible el Positivismo tiene en las ciencias, y fundamentos encuentra en el derecho, completo y lógico apoyo halla en la moral. En la moral verdaderamente humana. En la moral que, á diferencia de la religiosa, es igual y única para todos, en toda circunstancia, en todos los tiempos y en todos los paises.

La moral religiosa es contradictoria y acomodaticia, y aun cuando no fuera variable en sí misma, prescindiendo ahora de que contraría á la naturaleza, aun cuando no fuera arbitraria puesto que no hay crimen que no pueda santificar ni virtud que no pueda castigar, la moral religiosa y divina aunque se guia por *libros inspirados* y por la *justicia de Dios*, condena en un país aquello mismo que premia en otro; estimula y glorifica en unos pueblos la fervorosa adoracion y sumision que les impulsa á lanzarse contra otros pueblos, que causa á la vez la muerte propia y la muerte ajena, que constituye la lucha intestina humana por idéntico sentimiento religioso, esto es, por la exclusiva pura y moral afeccion á un mismo *Dios único*.

La moral religiosa en su diversidad anti-social de sistemas contradictorios y absurdos se refuta y desvanece por sí misma, y el sistema ó doctrina moral llamada católica, aun cuando dejara de ser corruptible y corruptora, no tiene aptitud general para la vida del individuo. Su nombre de *moral católica* ya manifiesta un contrasentido. El calificativo de católica solo podria tenerlo por su universalidad; y no tiene universalidad ni por sus propiedades naturales ni por su propagacion.

La moral no puede dejar de fundarse en la universalidad del sentimiento humano y lo católico, lo que pretende el catolicismo dista muchísimo de ser admitido tan siquiera por una décima parte de la poblacion humana.

La idealidad especulativa del sacerdocio, las ficciones de la enseñanza pretendidamente evangélica ó divina, el interés particular que guia á los jefes de religiones y de estados teocráticos, han de ceder al *interes de todos y de cada uno*, al justo y positivista derecho humano.

La ley moral, raiz natural de la moralidad, existe en todos los humanos, en la humanidad, y en CADA UNO de los humanos. Toda otra base, todo otro principio, todo otro origen es inmoral.

Moisés, como quiera que fuese que dió su decálogo,

partió de conceptos raquíticos é incompletos. Para que tales *mandamientos* resistieran los tiempos, fueran superiores á los progresos de pueblos mas inteligentes, mas viriles, mas concedores y celosos de su dignidad; para que tal ley de *procedencia divina* no fuera sustituida por leyes de procedencia humana, no habia de ser, como es, mas durable y generador lo positivo y terreno que lo hipotético y divino. No habia de ser lo material base y germen de lo moral. Moisés trocó doblemente los términos. Se creyó que abarcaba la especie humana, y, pigmeo, ni remontado en el mas alto monte fué suficientemente *altísimo* y grande para su exiguo y engañado pueblo. Creyó, tambien engañándose, que diciendo *no hareis esto* las gentes no lo harian. Lo que debia decir era LO QUE HABIAN DE HACER, en vez de decirles *lo que NO debian hacer*. Prohibió en lugar de prevenir, esto es, escitó en vez de evitar. El mal, *prohibido* fué divulgado, propagado, escitado.

El mismo legislador *Dios* se sumergió en lo prohibido, en el crimen. Veámoslo por un momento: En ocasion de estar Moisés conferenciando verbalmente con Dios en lo alto del Sinai, pero sin poderle ver mas que *por la espalda*, sin morir, su pueblo pidió otros dioses, y el hermano de Moisés les erige un becerro de oro. De regreso el profeta al ver *tanta obediencia* al decálogo, rompe las dos tablas de piedra, *donde Dios habia escrito con su propio dedo sus mandamientos*. Entonces, dijo el *Eterno* á los levitas, marchad de puerta en puerta y que cada uno mate á su vecino, á su amigo y á su hermano *á fin de atraer sobre vosotros la bendicion!* (Ex., xxxii, 27 á 29.) Coré, con 250 de los principales de la asamblea que se rebelan contra Moisés, son quemados y enterrados instantáneamente en presencia del pueblo que desde el siguiente dia de este castigo milagroso murmura ya, y el *Eterno* hace morir de ellos 14,700 por una plaga. Por nuevas murmuraciones, Dios envia serpientes *ardiendo* que matan á un gran número de estos descontentos, mientras que otros curábanse de sus mordeduras levantando los ojos hácia una serpiente de bronce, puesta de orden de Dios á lo alto de un mastil; no obstante, que bajo pena de muerte, estaba prohibido de hacer imágen alguna de piedra, madera ó metal, de las cosas de aquí-abajo ó de lo-alto. (Ex., xx, 4. Lev., xxvi, 1; Deut., v, 8.)

En medio de las continuas obscenidades de Israel con las hijas de Moab, descendió la divina orden de *hacer ahorcar á todos los jefes del pueblo*. Doce mil hebreos salen contra Madian en donde matan los cinco reyes, todos los varones y todas las mujeres, no guardando sino 32,000 *virgenes*, 675,000 ovejas, 72,000 bueyes y 60,000 asnos.

Despues de cuarenta años de marchas y contra-marchas en las arenas del desierto, los hebreos suben por fin á la tierra prometida á Abraham, *sin haber gastado* ni el calzado ni los vestidos. (Deut., xxix, 5.) Mas tarde, caen las murallas de Jericó al sonido de las trompetas. Josué detiene todo un dia al sol y la luna para acabar la derrota del enemigo que el *Eterno* aplasta con piedras arrojadas de lo alto del cielo. *Treinta y un reyes* son aun ahorcados ó degollados con sus pueblos, incluso los gigantes de las montañas... Judá, que hizo preso á Adoni-Bezec, le corta los pulgares de manos y piés, como este lo habia hecho á

otros *setenta reyes*. (Jue. i, 6 y 7.) Los madianitas, que habian sido despojados y exterminados por 12,000 israelitas, se rehacen contra Israel que, sin embargo de tener 60,000 hombres armados, los vence. (Jue. vi, 2, 3 y 4.) Despues, habiéndose el *Eterno* apaciguado, libra á Israel por medio de 300 hombres escogidos *que no podian beber sino como los perros*, y derrota á los madianitas á los que Israel habia quitado precedentemente 839,000 doncellas y reses matando todos los hombres y niños varones. (Jue. vii, 5 á 22.) Abimelec degüella sobre una piedra sus setenta y tantos hermanos. Jair, que dirigió veintidos años el pueblo de Dios, tenia *treinta hijos* que montaban en *treinta pollinos* y que tenian *treinta ciudades*. Jefthé, hijo de una prostituta, hecho jefe de Israel, sacrifica su hija despues de una victoria, y sus gentes asesinan 42,000 de los hermanos de Efraim que no saben pronunciar la palabra shibboleth. Los habitantes de Guibha abusan toda una noche de la concubina de un levita, que la corta en doce trozós y envia uno á cada tribu de Israel, y 400,000 tiran de la espada vengándose entonces de los benjamitas. El profeta Samuel hace trozós delante del Señor al rey Agag hecho prisionero y libertado por Saul, que Dios *estaba arrepentido* de haber hecho rey. Este hizo degollar 85 sacrificadores habiendo consultado á Dios para David.

Este rey hace matar á su capitán Uria despues de haber abusado de su mujer. Amnon, hijo de David, viola á su hermana Tamar y es muerto por su hermano Absalon que, habiéndose rebelado contra su padre, se acuesta con sus concubinas en una azotea á la vista de todo Israel. (II. Sam., xvi, 22.) David entrega á los Gabaonitas siete hijos de Saul para ser crucificados.

El *Eterno*, siempre *humanitario*, mata á setenta mil hombres para castigar á su *muy amado David*. Luego, el rey mas sabio de los de Israel se casa con la hija de un Faraon idólatra teniendo además *setecientas* mujeres princesas y *trescientas* concubinas. (I. Reyes, xi, 3.) Despues de haber edificado un tan maravilloso templo al *Eterno* que le apareció *dos veces*, abandona su culto y rinde sacrificios á los ídolos. (Id., 4 á 9.)

Fuerza es, por mas que sea repugnante, ir apuntando algunas pruebas de que en las *inspiradas escrituras*, desde antiguo, si no hay moral hay absurdos.

El sentimiento moral en sus mas puros gérmenes, inmanente en la conciencia de los humanos, ha sido en todas épocas completamente desconocido por los dogmas religiosos. Estos en su diversidad han ejercido sobre el verdadero sentimiento moral una influencia corruptora, ahogando toda razonable filosofía y engendrando con sus impuestas prescripciones el mas desolador fanatismo. Testificado está en la historia.—Continuaremos.

Marsal Anglorá.

CRÓNICA.

No ha armado poca polvoreda la Real orden inserta en la *Gaceta* del 13 de enero próximo finido en la que se manda se inscriban en el Registro civil como *hijos naturales* los nacidos de matrimonio solamente católico. El

cardenal Moreno, arzobispo de Valladolid, ha protestado contra esta calificación, como así mismo el obispo de Jaen y algunos otros entre los cuales figura nuestro obispo *in partibus* Vicario Capitular, Juan de Palau y de Soler el cual lo ha hecho con fecha de 27 del propio enero en una exposicion al señor ministro de Gracia y Justicia inserta en el Boletín oficial eclesiástico de este obispado. En ella se afirma que «Hijo natural ni por las leyes civiles, ni por las leyes canónicas lo será ni podrá llamarse *nunca* el que ha nacido de la union del indisoluble matrimonio que ante la Iglesia celebran los católicos.» ¿Ignora por ventura el señor Palau que si los teólogos creen el matrimonio un sacramento, el legislador no debe ver en él mas que un simple contrato bilateral, una relacion entre dos personas y por lo tanto sujeto á las variaciones que en todo contrato puede indicar, como necesarias la ineluctable ley del progreso? ¿Ignora dicho señor que si bien los católicos, como á tales, deben acatar las prescripciones dogmáticas que la Iglesia tenga á bien imponerles, como ciudadanos españoles deben cumplir las leyes que de los altos poderes del Estado emanan? Sépalo, pues, si lo ignoraba y sepa así mismo que ningun gobierno puede ni debe, á menos que quiera dar una prueba de debilidad, ceder á las sugerencias de un clero intolerante, como lo es el católico; de un clero que despues de haberse presentado en la Asamblea constituyente á defender sus *maravedises* (?) y haber logrado que siguiera dándoseles el Estado, se ha negado á cumplimentar las leyes que la *nacion soberana* se habia dictado; de un clero que ha visto impasible asesinar gobernadores *sin protestar* de ello, que ha incitado desde el púlpito á la insurreccion y se ha levantado en armas y que ahora finalmente *protesta* y pretende dar lecciones y consejos á los legisladores al decir al ministro de Gracia y Justicia, «que no debia ser aconsejado en el sentido en que lo fué, ni debia aceptar ni dictar la Real orden» á que nos referimos.

Por lo demás el *nunca* que en el párrafo de dicha exposicion, ya transcrito, usa el señor Vicario capitular nos mueve á dirigirle una pregunta: ¿quiere con él significar dicho señor que *nunca* los hijos de un matrimonio simplemente católico gozarán los derechos de los hijos legítimos, ó lo contrario? Porque en tal caso, nosotros que aplaudimos la Real orden inserta en la Gaceta del 13 de enero, nos reiremos de la profecía del padre Palau, recordando lo que hizo el año próximo finido con nuestra Revista, la que—á pesar de su *buen deseo* y no sabemos si por intercesion de ese pretendido *Dios* á quien tanto y tanto negamos en sus columnas—ha aumentado y sigue aumentando en suscritores á pesar de los anatemas que contra ella fulminó nuestro *respetabilísimo doctor Juan de Palau y Soler, vicario capitular de la Sede Episcopal vacante de Barcelona*.

Hay cosas que parecen hechas en broma.

El obispo de Colonia (Alemania), parece que va á excomulgar á varios profesores sino se adhieren al dogma de la infalibilidad. ¡Desgraciados! les compadecemos porque de resultas de ello, á mas de estar privados por toda una eternidad de contemplar la *divina* cara del *Divino Señor*

—lo cual ha de ser, por cierto, muy monótono—no van á gozar de un momento de paz en esta vida.

Nos inclinamos á creer que el verdaderamente desgraciado es el obispo que tales cosas proyecta.

Parece que hay grandes probabilidades de que se supriman en Roma las comunidades religiosas. En vista de esto asegúrase que el llamado *Padre Santo* está resuelto á abandonar la ciudad eterna, para marcharse, como vulgarmente se dice, con la música á otra parte. Si esto, como es muy fácil sucede, ya se me figura ver á Mastai Ferretti llorando como un niño de teta, nuevo Boabdil, al despedirse para siempre de su querida Granada.

—Adios, nido de mis recuerdos, vergel de mis amores, dirá el pobre Pio, ahí te dejo toda mi *alma*!

¡Y los romanos llorarán á lágrima viva al pensar que ya no podrán besar jamás aquellas *augustas* sandalias!

¿A do irá, pues, la piedra, la dura piedra de la Iglesia católica, apostólica y romana? ¿Y si dicha piedra se trasladase, por ejemplo, á Pesht, debería llamarse ¡la iglesia católica, apostólica y *pestilenta*?

Leemos en *La Federacion Latina*, de Huelva, que durante el año último se han verificado los siguientes matrimonios civiles:

En el Almendro que tiene 230 vecinos, 17 matrimonios de los cuales solo uno se ha ratificado canónicamente; y en Villanueva de los Castillejos cuya poblacion es de 1,020 vecinos, se han inscrito en el registro civil 50 matrimonios de estos solo 4 de canónicos de los cuales *únicamente* uno no ha sido inscrito en el Registro civil.

Conque, ya lo veis, hombres de sotana, de nada os sirve anatematizar tontamente desde el púlpito el matrimonio civil, cuando no solo se cobijan bajo su legal amparo sino que va creciendo el número de los que desprecian vuestras farsas religiosas.

Convenceos, pues, ¡oh curas! que se os *conoce* mucho. *En verdad, en verdad os digo*, que se concluye vuestro medro.

No hay mas, «á cada puerco le llega su San Martín.»

Nuestro colega,—á pesar suyo—el *Diario* de esta ciudad da cuenta en uno de sus últimos números, de que un *respetable sacerdote* fué insultado por unos individuos de la Casa de Caridad que cuidan de los coches fúnebres, «los que se *mofaron*—dice—de él, y llama la atención de la Junta de dicho establecimiento para que tales hechos no se repitan.

Concedido, señor Diario, *concedido*.

Pero ahora debemos llamar la atención del colega sobre otros hechos de la misma índole y rogarle que pida que sean respetados por los católicos en su derecho los *pastores protestantes* cuando se presentan en público á hacer propaganda *evangélica*, como igualmente los libre-pensadores que no quieran descubrirse al pasar la procesion y el viático y no se trate por algunos—pocos—fanáticos de conculcar su derecho y violentar su conciencia.

Pida esto con nosotros, si es amante de la justicia, que al fin y al cabo los libre-pensadores y los protestantes, por el solo hecho de ser hombres, son tan acreedores al respeto de todos como el mas venerable sacerdote.

Fiat justitia, pereat mundus.

SECCION VARIA.

A LA CATEDRAL DE BÚRGOS.

INSPIRACION ANTE

SU VISTA, Y CON EL RECUERDO DE UN CANTO DEL INSIGNE

POETA

JOSÉ ZORRILLA.

Ya estoy Zorrilla al dintel
De la Catedral preciada,
Y mi mente preocupada
Con tu admirable cancion,
Vá dispuesta, vá sumisa,
A sentir la melodía
Que á tu gaya fantasía
Tal monumento inspiró.

Entro, y la puerta al cerrarse
Lúgubre golpe resuena;
Todo es ya calma serena,
Es todo ya soledad;
Bóvedas sobre mi frente
Admiro, y bellas pinturas,
Diversas arquitecturas
Combinacion de una edad.

Mistas columnas gallardas,
Soberbias naves, pomposas,
Filigranas prodigiosas
Fabricadas á cincel.

Ordenes varios, compuestos
De las escuelas mejores,
Obras de cien escultores
Y copias de Rafael.

Es el arte, es la riqueza,
Es de un siglo gran memoria,
Es un trozo de la Historia
Que se vé marcado allí.

Mas nada, vate fecundo
Encontré en aquel recinto
Que fuera en algo distinto
A lo que ya presumí.

Allí en mármol de Carrara
Del Condestable y su esposa,
Estatuas ví en una losa
Que es grandiosa en mi opinion:
Y del gran Leonardo Vinci
La Magdalena, admirada
Por estar ejecutada
Con tan sublime primor.

Y aquellas preciosas joyas
De oro, plata, pedrería,
Fausto, arrojado á porfía
Por la altiva humanidad.

Idolos, que no obras de arte

Ni tampoco de belleza,
Idolos de gran riqueza
Por su precioso metal,

Todo está allí amortizado,
Todo allí está detenido...
¿Y esto, Zorrilla, esto ha sido
Lo que te fué á conmovér?

Dices que sacro respeto
Te inspiró grandeza tanta,
Y que oíste una voz santa
Que te hablaba al parecer!!

A mí no; yo preguntaba
Indignado por do quiera:
«¿Y es así, de esta manera
Como se vé á Dios aquí?»

Y esperando una respuesta
De aquellas piedras talladas,
Seguian, inanimadas
Sin hablarme como á tí.

Y es que tú poeta insigne
Con tu mente enardecida
Dabas á las piedras vida
En tu rauda inspiracion.

Y es que yo, hombre tan solo,
Al mirar tanta grandeza
Dominaba mi cabeza
Al incauto corazon;

Y al ver allí amontonadas
Las riquezas esparcidas
Escuchaba doloridas
Voces de mendicidad;

Y era el pueblo, que á la puerta
De tan faustoso portento
Iba desnudo y hambriento
A implorar la caridad.

Remontábase mi mente
Hasta aquella edad lejana
En que una obra tan galana
Se empezaba á enriquecer,

Y encontraba un pueblo esclavo,
Ignorante, sin abrigo,
Sin tener un solo amigo
Ni quien se ocupara de él.

Y encontraba un fértil suelo,
Fructífero en demasia
Y que solo carecia
De auxilios en la labor,

Y no importó á noble alguno;
Porque si el riego faltaba
El pueblo aquel le regaba
Con su constante sudor.

Al hacer por fin, contraste
Del pueblo y el monumento,
Lejos de ver ya el portento,
No ví mas que obras del mal.

Y volví sobre mis pasos,
Que aquel sitio me dañaba
Y al retirarme encontraba
Algo sobre natural.

Y era, que en mi fantasía
Los mármoles animados
Mis ojos ya extraviados
Los veian como tú.

Pero nó cual tú veías

Dulces semblantes de santos
Acompañados de cantos
De algun alado Querúb,

Nó, Zorrilla, yo veía
Que la animada grandeza
Inclinaba la cabeza
Al verme triste volver.

Y aquellos bustos de piedra
Pensé yo que murmuraban
Y que cuentas reclamaban
A aquel que los mandó hacer.

Sali, la brisa serena
Refrescaba mi cabeza
Que de ver tanta riqueza
Densa nube oscureció:

Y al marchar, súbitamente
Llegó del pobre á mi oído
Este elocuente gemido:
«Una limosna, por Dios!!»

C. Carabias.

MORALEJA.

Dicen, de nuestra iglesia los doctores,
que, el triste, de los pobres pecadores,
que muere sin haberse confesado
es, por solo un pecado,
lanzado por las iras del eterno
á las eternas penas del infierno.

Y dicen, que el que peca noche y dia,
si á la vírgen María
reza de tanto en cuanto,
ó á cualquier otro santo,
ó da limosnas para el culto ó templos,
y esto lo prueban ellos con ejemplos,
puede, al morir, salvarse,
pues le da tiempo Dios de confesarse;
lo cual da al Juez Supremo la importancia
de un juececillo de primera instancia,
haciendo, que entendamos sin gran ciencia,
que en todas partes vale la influencia,
y que infierno y presidio, ahora y antes,
es y fué para pobres é ignorantes,
O mejor: ello prueba y no te asombres,
que Dios es una hechura de los hombres.

J. Alonso.

Ciudadano director de LA HUMANIDAD.

Espero que os servireis insertar en el periódico de
vuestro cargo el adjunto escrito, de lo que os quedará
agradecido vuestro correligionario

R. Santos.

Faltaria á mi deber y á mi dignidad sobre todo, si no
diera á luz un hecho que, interpretado tal vez malamente
por algunos, pudiera dar lugar á suposiciones á las cuales
daria yo mismo pábulo con mi silencio.

El dia 12 de agosto del año próximo pasado 1871
cual si fuera un fervoroso católico ó renegado ateo con-
traje lo que se llama matrimonio religioso con una jóven
de esta ciudad en la iglesia de San Agustin de la misma.
Mucho trabajé á fin de no tener que realizar este acto,
grandes esfuerzos hice; pero todo fué en vano: la familia
de la jóven, escesivamente fanática, dominada por las per-
niciosas influencias del clero, se opuso á que el enlace
fuera únicamente civil, que es tan solo lo que la vigente
ley exige, y en la alternativa de tener que pasar por mil
contrariedades y tal vez desmoronarse mis justos y natu-
les deseos, transigí al fin con tan cruento sacrificio, pre-
sentándome al *pie de los altares* á someterme, aunque en

apariencia, á una farsa á la que, desde que me considero
en mis cabales sentidos no habia prestado homenaje.

Esta es la esplicacion que queria dar sobre el particu-
lar á fin de que los hombres de sano criterio me juzguen
con imparcialidad; no dudando que, si bien es verdad
que no dí el radical ejemplo absteniéndome de ser uno
de los protagonistas de tan ridícula comedia, lo hice úni-
camente impelido por las circunstancias; jamás por haber
apostatado de mis doctrinas materialistas de las que hace
años soy y seguiré siendo siempre consecuente y leal
partidario.

Hecha pues esta confesion franca y esplicita, réstame
decir tan solo que no viéndome como no me veré ya
nunca mas en el duro trance de apelar á medios para mí
tan extremos, unido como estoy con la susodicha jóven
segun exige la ley civil que nos rige, procuro y procuraré
dar á ella y á los hijos que de nuestro matrimonio resul-
taren una educacion amoldada á mis creencias apartándo-
les de las supersticiones de toda especie, haciendo que,
cual cumple, practiquen la Moral, la Ciencia y la Justi-
cia, sublimes preceptos que sintetizan el derrumbamiento
de todas las tiranías asi religiosas como social y política.
Salud y ateismo.

Barcelona 7 febrero 1872.

R. Santos.

ANUNCIOS

HISTORIA DIPLOMATICA DE LOS CÓNCLAVES,

POR

F. PETRUCCELLI DELLA GATTINA.

Libreria internacional Lacroix, Verboeckhoven y C.^a, Paris,
Boulevard Montmartre, 13. Bruselas, rue Royale, 3,
impasi du Parc.

4 tomos á 6 francos el tomo.

Esta obra de las mas nuevas que en materia de historia
han aparecido, aclara tres hechos ignorados generalmente
á saber: la existencia y revelacion permanente del indige-
nado y por consecuencia de la unidad italiana, á pesar de
sus fraccionamientos políticos en Estados; el anti-catoli-
cismo del pensamiento italiano en todas sus formas y ma-
nifestaciones, y la historia íntima del pontificado. En ella
se ven las tres luchas sostenidas contra esta institucion
absorbente y tiránica por la unidad, la independendencia y la
libertad, hasta el momento presente. La historia de cada
cónclave está apoyada por numerosísimos despachos de
cardenales, ministros, soberanos y embajadores en los
cuales se revelan las intrigas diplomáticas y la farsa de la
inspiracion del Espiritu Santo; ante la luz de la razon se
desvanece la divinidad del Vicario de Cristo.

Prueba el autor como es imposible que ningun hombre,
por liberal que haya sido antes, pueda continuar siéndolo
al ocupar la silla pontificia, porque la institucion absorbe
al hombre, y en el resumen que presenta al fin de cada
siglo, presenta al lado de esa Italia oficial, política y esta-
cionaria, la verdadera Italia, republicana, antipapal y an-
ticatólica, indicando las doctrinas de cada pensador, y dan-
do un solemne mentis al clero que sostiene la impostura
de que Italia ama al papa. No, la Italia no le ha amado ja-
mas, y la prueba es que sus hombres, sus pensadores, se
renuevan de siglo en siglo sin mas que cambiar de nom-
bres; es la transformacion de Maquiavelo en Cavour, de
Ferucci en Garibaldi y así sucesivamente.

Por su orden está expresado cómo el obispo de Roma
se hace pontifice, cómo este se transforma en soberano, có-
mo olvida su mision espiritual para atender á la temporal
de rey, y cómo por fin, el rey sucumbe bajo la planta de
la libertad del mundo. El pontificado es un cadáver.

Por todo lo no firmado.—A. Rico y Garcia.